

EL SUICIDA

Son las cuatro de la tarde y no has vuelto para comer como yo esperaba. Empiezo esta carta, que será larga, y cuando la termine, si no has regresado, me iré para siempre de tu vida.

La primera vez que anunciaste tu suicidio me alarmó y te busqué enloquecida hasta que, desesperada, volví a casa y te encontré – falsamente arrepentido- sentado en el sofá, con cara de mártir, esperando a que llegara para que te preparara la comida. Mi amor equivocado me impidió romperte la cabeza en aquel momento y, para mayor sarcasmo, haberlo hecho con el palo de la fregona. Hoy, cuando he leído la nueva amenaza de suicidio, ni me he alarmado ni he corrido a buscarte –como estaba claro que era tu intención- a ese árbol que con tanto detalle situabas y del que, decías, te pensabas colgar. Si lo hubieras hecho, la Guardia Civil ya me habría localizado pues, con tu perfeccionismo, tendrías el DNI en el bolsillo.

Cuando desperté esta mañana, tu lado de la cama estaba ya frío; di media vuelta y me dormí sin presentir que hoy cambiaría radicalmente mi vida... a mejor. Más tarde, junto a la cafetera, encontré tu carta de despedida. Que sepas que desayuné un café con tostadas en el porche intentando disfrutar, a través de los cristales, del tibio sol de este desangelado día. Pero pensé en ti, en el imbécil que repite el chantaje de su falso suicidio como desproporcionada respuesta a nuestra tonta pelea de ayer y para recordarme mi dependencia económica.

Esta mañana he sido consciente de que intuí nuestro alejamiento hace años durante la celebración, con unos compañeros de oficina, de tu ascenso en la empresa. Algo me hizo observarte y te vi distinto, hablabas de otra manera; pero, sobre todo, tu escala de valores parecía cambiada. A partir de entonces he luchado sin saberlo por recuperarte mientras tú me apartabas de todo con la excusa de unos celos infundados, pero exigiendo mi presencia junto a ti en tus compromisos sociales. Me exhibías en público pero me utilizabas en la intimidad para construir euro a euro tu castillo en esta casa hasta hacerme prisionera, rodeada de inútiles comodidades, hasta de lujos. Y yo, ¡qué pánfila!, esforzándome por agradarte sin dar importancia al hecho de sentirme sola incluso contigo a mi lado. Ahora, ¡nunca es tarde!, soy consciente de haber perdido para ti mi cualidad de mujer para acabar siendo simplemente tu florero.

Avanza la tarde y no has vuelto. Me voy, ya sabes que no me gusta conducir de noche. ¿Que a dónde voy?, pues a un sitio donde no tendrás el valor de ir a buscarme: a casa de tu odiada suegra. No pienso quedarme con ella, tengo mucho por vivir. Y para no recibir tu llamada, aquí dejo el móvil que me regalaste y que tanto envidias. Si

telefonean tus imaginarios rivales, les dices dónde pueden encontrarme, quiero conservarlos. Y hablando de infidelidades, en un cajón de la cómoda dejo, con las pilas casi desgastadas, a mi único amante, el que me ha permitido sobrellevar tus fracasos sexuales: te lo regalo, espero no necesitarlo nunca más.

Cuando llegues, que llegarás, imagino tu sonrisa satisfecha al ver que he cumplido fielmente tus instrucciones: todas las luces estarán apagadas salvo la del porche, no sea que tropieces como alguna noche de falsa reunión de trabajo. El microondas tendrá su puertecita cerrada para que no quede encendida la bombilla interior. La calefacción la habré puesto en "modo nocturno", no vayas a encontrar la casa excesivamente caliente si te retrasas demasiado, ya me has hecho comprender lo superfluo del gasto. Por cierto, te confieso que esta mañana no me he duchado; llené la bañera hasta arriba con el agua ardiendo como nos gustaba a los dos cuando, hace siglos, nos metíamos juntos y el cuarto de baño terminaba pareciendo la plaza de San Marcos con marea alta.

También encontrarás la puerta del garaje perfectamente ajustada para evitar el fallo de tu mando a distancia que tanto te enerva. Por supuesto que las ventanas estarán cerradas y las persianas bajadas no se vayan a escapar como locos los euros de la calefacción por las rendijas. La despensa y el frigorífico deben estar medio vacíos porque no me ha salido de las narices ir al super; ya irás tú si consigues recordar dónde está. Eso sí, en el horno te he dejado para cenar lo que no te has comido, sería cruel por mi parte obligarte esta noche a abrir la primera lata; por cierto, el abrelatas está en el segundo cajón.

He transferido todo el dinero a mi cuenta pero he dejado tu último sueldo íntegro, seguro que sabrás administrarlo. De la casa y de los detalles de nuestro divorcio, ya se pondrá en contacto mi abogado contigo. (Qué bien suena lo de "mi abogado").

¡Que te zurzan!

* * * *

Antonio Murga